

FRANCISCO VILLAESPESA

EL TRIUNFO DEL AMOR



LEYENDA DRAMÁTICA
EN DOS ACTOS
de GIUSEPPE GIACOSA

MADRID 1915
LIBRERÍA DE LA VIUDA DE PUEYO
CALLE DE LA ABADA, NÚM. 19

EL TRIUNFO DEL AMOR

El Triunfo del Amor

**Leyenda dramática en dos actos, de Giuseppe Giacosa,
puesta en verso castellano por**

Francisco Villaespesa

MADRID

IMP. ARTÍSTICA DE SÁEZ HERMANOS

Calle de Monserrat, 7

1915

ES PROPIEDAD

DEDICATORIA

A Ricardo Calvo, con
el afecto y la admiración
de su viejo amigo

VILLAESPESA.

Madrid, 9 de Septiembre 1918.

PERSONAJES

DIANA DE ALTENO.

HUGO DE MONSOPRANO.

GERBERTO, viejo escudero de Diana.

VISCARDO, escudero de Diana.

GASTÓN, paje.

MARTÍN, soldado.

GOTTFREDO, escudero de Hugo.

Damas, pajes, porta-enseñas y hombres de armas.

La acción en el Castillo de los Alteno, en el valle de Aosta. — Época: siglo XIV.

ACTO PRIMERO

Salón feudal. A la izquierda, una gran puerta. A la derecha, una ojiva, con la vidriera emplomada. Las paredes cubiertas de tapices, y rodeadas de bancos corales de madera esculpida, con altos respaldos tallados. Por cima de los tapices corre una franja de madera pintada con extrañas figuras de tonos vivos y fúlgidos, sobre la cual se apoya el techo, de ricos artesonados encuadrados en relieves dorados que imitan follajes y flores. En los cuadros fulguran las armas del escudo familiar: un león de oro en campo de gules. En el centro de la pared del fondo, se alza el sillón señorial, cuyo respaldo se curva en lo alto en forma de baldaquino. Por todas partes, sobre los muebles, esculpido, tallado ó pintado, el escudo de los Alteno, que también fulguran en el peto de las damas, de los pajes, de los siervos y de los hombres de armas.

ESCENA PRIMERA

DIANA, GERBERTO Y GASTÓN

DIANA

A Gastón.

¡Honrad al caballero que honra la casa mía!
¡Que sea mi castillo pródigo en cortesía,
y que repose donde le plazca!... ¡Todo es suyo!...

Volviéndose á Gerberto.

¡De su audacia, Gerberto, yo domaré el orgullo!...

De nuevo se dirige á Gastón.

Y si él lo pide, en tanto que las fuerzas renueva,
se aplazará la justa... Será la última prueba
mañana...

Sale Gastón, después de inclinarse cortésmente delante de Diana.

GERBERTO

A Diana.

Es conveniente tu consejo, y podría
ser aún más justo...

DIANA

¿Cómo?...

GERBERTO

Oye. Su bizarría,
las pruebas que ha vencido, su juventud, su amor
y su nombre, debieran mitigar tu rigor...
A su esfuerzo sonríe la Fortuna, y en vano
quieres que le abandone...

DIANA

¿Qué me pides?

GERBERTO

La mano

que si vence, forzada le daras, generosa
desela sin más pruebas, y sé hoy mismo su esposa!...

DIANA

¡Jamás!...

GERBERTO

Nuestra existencia el amor engalana,
¡No asesines tu vida!...

DIANA

¡Ay! Bertrada, mi hermana,
amó con todo el fuego de una pasión inmensa,
y sólo el abandono tuvo por recompensa!
Y ella que era mi única y amante compañía
se fué apagando en una lenta y sorda agonía;
y yo, junto á su lecho, vigilaba entre tanto,
escuchando sus quejas y enjugando su llanto!...
Murió joven, á causa de su amorosa herida...
¡Su amor también á ella le engañó la vida!

GERBERTO

Fué una desgracia..

DIANA

El día en que por vez postrera
floreció la sonrisa en sus labios de cera,
en que la vi más blanca que las ropas del lecho,
y recogí el último suspiro de su pecho,
¡por el negro vestido que mi cuerpo envolvía,
á mi propia conciencia le juré, en aquel día,
no abrir, Gerberto, nunca las puertas de mi seno
á los vagos encantos de un afecto terreno!

GERBERTO

¡Oh, qué dura promesa!...

DIANA

Desde entonces, segura
y firme en mis propósitos, como en una armadura,
siento mejor la vida... Mi firmeza atesora
tal poder, que me he hecho de mí misma, señora!...
Y encerrada en mi orgullo como en un casto velo,
mi único prometido es Dios, y está en el cielo!

GERBERTO

En el tiempo sus rosas la juventud deslíe,
y es muy triste la casa donde el amor no ríe!

DIANA

¡Vengan los años!... Sola, en mi castillo viejo
sin temor les aguardo!... Yo desprecio el cortejo
de las cortes de amores! En mi sér se renueva
un ánimo salvaje, y venceré en la prueba
á la naturaleza femenina vedada...
Sólo sueños triunfales encienden mi mirada!...
Luchas en campo abierto, clarines de victoria,
y ceñir á mis sienes el laurel de la gloria!
Y cuando fatigada la pupila se clava
en las venalidades de una mujer esclava,
de vergüenza me enciendo... El escudo glorioso
de mis abuelos muestra un mar tempestuoso,
cuya leyenda, ornada de un dorado racimo,
dice en letras de sangre: «Luchando me sublimo»...
Hija de la más noble familia montañesa,
seré como ella heroica, y mantendré mi empresa!

GERBERTO

Alabo tus propósitos y tu valor bendigo!...

Mas ¿quieres que tu esposa también muera contigo?...

DIANA

Sorda no fui á tus halagos. Te prometí casarme...

Mas antes, quien me quiera tendrá que conquistarla!

GERBERTO

El Conde Hugo ¿eres tú? ¿es?

DIANA

Su valor ha probado!...

¡Que pruebe ahora su lengua!...

GERBERTO

Tres veces le he mirado
vencedor del torneo, ciertamente ofrecerte
las gloriosas presens que conquistó su suerte!...
En sus negras pupilas brillaba el amor, tanto,
que más de una doncella sintió correr el llanto

por sus blancas mejillas... ¡Tres veces ha vencido!...
De la primera prueba vencedor ha salido...

DIANA

Mae, falta la segunda!... Difícil le ha de ser
también los tres enigmas propuestos, resolver!

GERBERTO

Y si de alguno de ellos perra la solución?...

DIANA

El pregón está claro: le aguarva la prisión ;
y prisión sin rescate... Si acierta, será suyo
mi nombre... ¡Que lo gane!...

GERBERTO

¡Me lastima tu orgullo!...

Gastón entra y se inclina
respetuosamente ante Diana.

DIANA

A Gastón.

¿Qué pasa?

GASTÓN

El conde Hugo, devotamente implora
ofrecer sus respetos á mi noble señora!

DIANA

¡Que pase!...

Gastón desaparece, y Diana
se vuelve á Gerberto.

¿Mi firmeza te espanta? Acepto el reto
de su orgullo, y veremos quién triunfa. Yo someto
al fallo inapelable de la suerte mi vida!...

GERBERTO

¡Te ama tanto!...

DIANA

Le odio!... ¡Que la suerte decida!...

ESCENA II

Dichos, HUGO y GASTÓN, éste alza la cortina y se inclina para que pase HUGO, permaneciendo en el umbral, como esperando órdenes.

DIANA

A Hugo.

Recibiste el mensaje?...

HUGO

Cortésmente.

Y por ello venía
á rendiros las gracias, bella señora mía!...
Tu atención me da alientos...

DIANA

Con severidad.

¿Conoces las pragmáticas
á las cuáles debemos ajustar nuestras pláticas?...

HUGO

Saberlas y acatarlas es de nobles varones!
 Mas tantas cortesías y tantas atenciones
 como en tu hospitalario castillo he recibido,
 me han conmovido tanto que sus leyes olvido!...

DIANA

Recibir en sus tierras, entre mi gente es ley,
 con igual cortesía á un mendigo que á un Rey!

HUGO

¿Quieres de los enigmas la prueba, hasta mañana
 aplazar?...

DIANA

Si tú quieres...

HUGO

Yo, noble castellana,
 no acepto la demora, porque mi amor ansía
 vencer la última prueba para llamarte mía!...

DIANA

Será ahora...

HUGO

Mil gracias... ¡Tan alto es el trofeo
que los instantes siglos son para mí deseos!...

DIANA

A Gastón.

Ve y anuncia la justa, y convoca á mi corte!...

El paje se inclina y sale.

DIANA

Aparte, contemplando á
Hugo.

¡Qué soberbio es su gesto!...

Se dispone á salir.

HUGO

Viéndola desaparecer.

¡Qué arrogante es su parte!

ESCENA III

HUGO y GERBERTO

HUGO

Señalando á la puerta por
donde salió Diana.

¡Por encender, anciano, esa belleza fría;
porque ardiese en las llamas de este amor, yo daría
mis veinte años, mi nombre, mis torres almenadas,
mis espuelas de oro, mis armas, mis mecnadas;
todo el oro y los siervos que hacen rica mi tierra,
mi corte, mis halcones, mi caballo de guerra;
hasta el azul penacho de mi estirpe trofeo,
y el dorado oriflama, primero en el torneo!...
Por sola una mirada, diese el alma encendida,
y por una sonrisa, diese toda mi vida!...

GERBERTO

La amas tanto?...

HUGO

Vagaba por países lejanos
en busca de aventuras y triunfos sobrehumanos,
cuando oí que una noble condesa desdeñosa
daría las primicias de su mano de esposa,
al que en justa de armas sacase triunfador
en reñidos encuentros, tres veces, su valor;
y después resolviese tres enigmas... La nueva
me hizo reír, y quise concurrir á la prueba...
La fama pregonaba que era la desdeñosa
más noble que una reina, más bella que una Diosa...
Nada de esto me atrajo... Sólo pensé vencer
el orgullo soberbio de esta hermosa mujer,
y probar en la liza y en las justas de amor
á un tiempo, ante sus ojos, mi ingenio y mi valor!...
Vine á vencerla á ella, y me venció la dama...
¡Es más bella y más noble que pregoná la Fama!...
He recorrido Europa, al son de mi laúd...
Bellas damas amaron mi ardiente juventud...
Conozco las sourisas de la vieja Castilla
y los procaces besos de Granada y Sevilla...
Del Rhin las hijas pálidas ostentan el tesoro

de sus ojos azules y sus bucles de oro;
 Francia, lirios y rosas en su jardín encierra;
 son lánguidas y pálidas las hijas de Inglaterra...
 Pero ninguna he visto, ya noble, ya villana,
 que tuviese la altiva belleza de Diana!...

GERBERTO

Hermosa como un ángel, mas fiera y desdenosa...
 Conmigo, con los suyos, con todos, es piadosa.
 Su castillo del pobre es el mejor abrigo:
 sus propias manos sirven y curan al mendigo.
 Con el humilde, humilde, y con el noble, altiva...
 Su ternura se esparce como una fuente viva...
 ¡Sólo escuchar no puede una frase de amor
 aunque la pronunciara el mismo Emperador!...
 Daros puedo un consejo...

HUGO

Soy yo quien te lo pido.
 Habla...

GERBERTO

Oívidale...

HUGO

Cómo?...

GERBERTO

¡Que la deis al olvido!

HUGO

Mas, ¿por qué?...

GERBERTO

Porque es, conde, difícil la victoria!...

HUGO

Pues siendo más difícil será mayor la gloria!

GERBERTO

Si de los tres enigmas no acertáis el sentido,
seréis su prisionero...

HUGO

¡Sus ojos ya han prendido
mi corazón!... ¡Qué importa?...

GERBERTO

Y no tendréis rescate...

HUGO

Lo sé; y aun eso mismo me sirve de acicate!

GERBERTO

Un porvenir glorioso así disiparéis?...

HUGO

Lo sé...

GERBERTO

Lejos de estos umbrales ¿no tenéis
quien os llore, quien sienta vuestra adversa fortuna;
un corazón que lata por vos, un padre, una
hermosa?... Oro y riquezas no os deparó el destino?..
¿No germinó una sola rosa en vuestro camino?..
¿No se despliega al aire vuestra enseña triunfal
sobre las altas torres de un castillo feudal?
¿El clarín no congrega vuestras doscientas lanzas?..
¿No tenéis juramentos, recuerdos ni venganzas?..

¡A más de oro y bravura y juventud, tener
 al honor por amigo y por siervo al placer!...
 ¡Pensar que es fuerte el brazo y la vida está en flor,
 y el mundo entero es poco para nuestro valor!...
 Un Rey recogería del trono vuestro guante,
 y una Reina pudiera ser vuestra sierva amante!
 Cuando todos sus dones en vos la suerte aduna,
 ¿despreciaréis los bienes que os brinda la fortuna?...

HUGO

¡La amo tanto!...

GERBERTO

Es en vano!...

HUGO

Mi corazón devora
 la sentencia!...

GERBERTO

Silencio!...

VISCARDO

Desde la puerta.

Aquí está mi señora!

ESCENA IV

Dichos, DIANA, GASTÓN, VISCARDO, MARTÍN,
damas, pajes, escuderos, hombres de armas, y después,
GOTTIFREDO

Entra Diana, precedida de un porta-enseña, de sus escuderos, entre los cuales está Viscardo, y de cuatro oficiales que visten largas túnicas. La siguen sus damas, ostentando sus mismos colores; los pajes, entre los cuales viene Gastón, conduciendo sobre un rico cojín bordado en oro, dos pergaminos sellados, y los hombres de armas comandados por Martín. Los hombres de armas, los oficiales y los pajes, se colocan en orden á los dos lados del sillón señorial. El porta-enseña á la derecha.

DIANA

A Hugo.

Persistes?...

HUGO

Sí. Persisto...

DIANA

Llamando.

¡Viscardo!...

Hace una señal á Viscardo
para que recoja el pergamino.
Viscardo obedece.

HUGO

Mirando en torno suyo.

Y mi escudero?...

DIANA

Volviéndose á los suyos.

¡Bascadle!

Un paje sale. Diana se vuel-
ve á Hugo.

Conde, aún puedes retroceder...

HUGO

Decidido.

No quiero!...

Seguiré mi destino... En mi escudo hay escrito
este lema arrogante : Muñar ley es delito!...

DIANA

Hace una seña á Gastón, éste se aproxima, y le presenta respetuosamente en el cojín bordado el otro pergamino. Diana lo toma y se lo entrega á Gerberto. Después se vuelve á Hugo.

Aquí están encerrados los enigmas...

Gerberto se inclina, recoge el pergamino, y conduce á Diana al sitial. Apenas se sienta ésta, las damas la imitan, agrupándose en torno suyo. Gottifredo entra y se aproxima á Hugo que está colocado á la izquierda del trono. Después, á una indicación de su señor, pasa á colocarse delante de Diana, inclinándose profundamente. En sus manos conduce, como un don, el yelmo de Hugo, sobre el cual se alza un gran penacho azul.

GOTTIFREDO

A Hugo.

Señor!

HUGO

Quédate aquí.

GOTTIFREDO

En voz baja, aproximándose
á su dueño.

¡Dios quiera que salgas triunfador!

VISCARDO

Casi en el centro de la escena,
desenvuelve el pergamino
y empieza á leer en alta voz.

«Aquél, de noble sangre, que quiera por esposa
á Diana de Altono, condesa de Perosa,
y marquesa de Fronte, de Quarto y Burgobranco,
dueña de cien castillos, con feudo antiguo y franco,
deberá sin tardanza, después que haya salido
vencedor en tres lizas, sin haberse valido
de filtro, brujería ó infernal amuleto,
descifrar tres enigmas que ella escogió en secreto;
y si falla en alguno, á prisión sin rescate
le condena, aunque haya vencido en el combate!»

GOTTIFREDO

Que á una señal de Hugo
habrá ocupado el puesto de
Viscardo, leyendo también un
pergamino.

«Mi señor y mi dueño, Hugo de Monsoprano,
 conde de Chiusi y Orcia, y senador romano,
 Duque de Torreestrada y de Pennino, á vos,
 Reina de la belleza por la gracia de Dios,
 después de haber vencido en la primera prueba,
 su más fiel y constante sujeción os renueva,
 y os promete, si falla algún enigma ser
 á vuestro arbitrio preso...»

DIANA

A Hugo.

Yo juro mantener

por mi honor, mis promesas...

HUGO

A Diana.

Mi fe de caballero

os responde de cuanto ha dicho mi escudero!

Pequeña pausa. Todos se agrupan ansiosamente, deseando conocer el resultado de la prueba.

DIANA

¿Qué es, Conde, tu ingenio decirme sabría
 aquel misterioso y rauda milano
 que jamás obstáculos encuentra en su vía;
 que está al mismo tiempo, presente y lejano;
 que anda y no se mueve, de noche y de día;
 que ve sin ser visto, y á sí se mantiene,
 y cuando más gasta más reservas tiene?...
 ¿Qué es, conde, tu ingenio decirme sabría?...

HUGO

Después de vacilar un momento.

El enigma es fácil, señora. El milano
 que está, al mismo tiempo, presente y lejano;
 que por todas partes á volar se atreve,
 que ve sin ser visto, que anda y no se mueve,
 que en su propia vida tiene su alimento,
 y dando se agranda: es el Pensamiento!

GOTTIFREDO

En voz baja, á Hugo.

Señor, se ha puesto pálida...

GERBERTO

Después de haber abierto el
pergamino.

Acertó el caballero...

El Pensamiento es el enigma primero!...

GOTTIFREDO

En voz baja, á Hugo.

Señor, con esa suerte nada se vence en el mundo!

HUGO

Mirando á Diana.

Ya he acertado el primero... Veremos el segundo!

DIANA

Buen conde, ¿tu ingenio decirme podría
qué cosa es un arma que es noble y viltana;
que hiere sin sangre y encierra el mañana?...

Ningún don recoge y dones envía...

De imperios y reinos es germen fecundo;
y sin sus virtudes fuera pobre el mundo...

¿Qué es, conde, tu ingenio decirme podría?

HUGO

Después de una pausa.

¡La luz de tus ojos me alumbró, Diana!...
 El arma que á un tiempo es noble y villana,
 que hiere sin sangre y encierra el futuro;
 que da no teniendo, que es germen seguro
 de imperios, y al mundo su riqueza ha dado,
 esa arma es, sin duda, señora: el arado!

GOTTFREDO

Bajo á Hugo, señalando á
 Diana.

Señor, está tamblando...

GERBERTO

Después de haber leído el
 pergamino.

También acertó!... Es
 el arado!...

En voz baja, á Diana.

Diana, cede ahora, ya ves
 su fortuna...

HUGO

Yo juro libertar á descientos
prisioneros de guerra, si triunfo!...

GERBERTO

En voz baja, á Diana.

Tus intentos

son vanos... Cede...

DIANA

En voz baja, á Gerberto.

Basta!... No me pidas que ceda!...

HUGO

A Diana.

Ya he acertado el segundo... El último me queda!

DIANA

Poniéndose de pie.

El buen caballero, decirme sabría
qué cosa es la perla que es luz de sí propia,
que luz y colores al cielo le copia
y luz y colores al cielo le envía?...

Presa está en su cárcel, y en ella se encierra
la amplitud del cielo, del mar y la tierra...
¿Qué es, conde, tu ingenio decirme podría?

Hugo no responde. Expectación general.

GOTTIFREDO

Mirando á su señor, después
de una pausa. Acercándose y
hablándole en voz baja.

¡Por San Jorge!... ¡Se calla!... ¡Ten ánimo!...

VISCARDO

La suerte
le traiciona...

GERBERTO

Bajo, á Diana.
Sé buena, ahora que eres más fuerte!

DIANA

A Hugo.
No respondes á esto?... Por vencido te das?...

HUGO

Como iluminado por una
idea súbita.

¡Ah!... ¡No!...

Reanimándose.

DIANA

Yo te perdono si te rindes...

HUGO

Con altivez.

¡Jamás!

DIANA

Prosiga la contienda... ¿Cuánto tiempo es bastante
para que me respondas?... Una hora?

HUGO

Rapidísimo.

Un instante!

Esa rara perla que es luz de sí propia,
que nos da más luces que aquellas que copia;
que al par que está presa en su cerco encierra
la amplitud del cielo, del mar y la tierra;

y es fulgor que en todo su fulgor destila,
esa perla rara es... vuestra pupila!...

GOTTIFREDO

Ansioso.

¡El Señor le aluzabre!... ¿Acertó!, Gerberto?...

Todos están atentos y esperan con la mayor ansiedad la respuesta de Gerberto.

HUGO

A Gerberto.

He acertado?... Dime...

GERBERTO

Después de leer el pergamino.

La pupila... ¡Es cierto!...

Hugo y Gottifredo dan muestras de alegría. Diana palidece. Entre los escuderos, los pajes, los oficiales y los hombres de armas, corre un murmullo que Diana hace cesar con un gesto.

DIANA

Descendiendo del sitial y
acercándose á Hugo.

Venciste! Como esclava á tus plantas me humillo...
Es tuya mi corona, es tuyo este castillo;
son tuyos mis dominios, mis burgos, mi milicia;
mi heráldico derecho de moneda y justicia;
mi sitio en el consejo del Reino, mis vasallos;
mis siervos de la gleba son tuyos... Cien caballos
han de partir mañana con los más ricos dones
á decirles del reino á los nobles barones
que mi nombre ya ha muerto por siempre, que has vencido.
Y vosotros, recuerdos de aquellos que se han ido,
empresas de mis padres, fortaleza altanera
que ellos edificaron; orgullosa bandera
que enrojeció su sangre en tanta y tanta guerra;
escudos que cruzásteis triunfalmente la tierra;
para dar á mis muertos el último tributo,
desgarrad vuestras galas y vestíos de luto!...
De vuestra antigua estirpe una sola quedaba,
retoño de la encina robusta, y conservaba
puras vuestras memorias... ¡Empieza una edad nueva!
También me han derrotado en la última prueba!

Nuevo blasón se alza sobre el de mis mayores;
nuevo color campea en mis armas. Sus flores
ya no abrirán los lios de plata en mis escudos,
ni rampantes leones de fulva cabellera!...

¡Flotaré en estas torres otra nueva bandera!...

Dirigiéndose á Hugo.

Me has vencido!... Soy tuya: tu presa... Solamente
ante la fuerza rindo la altivez de mi frente!...
Eres dueño de todo; dispón á tu albedrío...
Los afectos son libres!... Mi corazón es mío!...

HUGO

Yo alzo mi diestra, y juro, por mí y por Dios al par,
proponerte un enigma que no has de descifrar!...
Eres diestra en enigmas... Este nuevo combate
acepta... ¿Con él quieres intentar tu rescate?...

DIANA

¿Qué dices?...

HUGO

Te devuelvo tu palabra empeñada
si lo acertas!... ¿Qué dices?...

DIANA

¡Que acepto la jugada!

Ansiedad general. Todos rodean á Diana.

HUGO

Sabrás tú decirme cuál es de las flores
la más rica y pródiga de veneno y miel?...
Es sol que nos ciega con sus resplandores,
y es copa de oro colmada de hiel...
Si nadie la corta, será todo en vano,
la paz de los cielos, el sol y el rocío,
que esperando siempre que llegue una mano
que no llega nunca, morirá de hastío!...
Tú, que tanto sabes, di por cortesía,
de esa flor el nombre y en donde se cría!...

Todos esperan la respuesta
con ansiedad. Diana calla, meditando profundamente.

Después de una corta pausa.

Callas?... Doblas la frente y te humillas al fin?
¡Esa flor de mi enigma no brotó en tu jardín!...

DIANA

No!... Espera...

HUGO

Te devuelvo la palabra empeñada!...
A mi orgullo le sobra con mirarte humillada!...
Será triste tu vida. Has negado el piadoso
oficio que te incumbe: no encontrarás reposo!...
No eres mujer!... En este sepulcro no han de entrar
ni un gorjeo de pájaros ni un resplandor solar!...
En la fúnebra calma de este triste paraje
han muerto las dulzuras del humano lenguaje!...
Un día — y no lejano — quizás por los salones
de este vasto palacio, lanzarás maldiciones
sola y desamparada, contra el hoso destino
que ha dejado sin flores y sin luz tu camino!
Te vuelvo tu palabra y reclamo la mía!...
Vivirás solitaria, sin paz, sin alegría...
¡Sin mover las pestañas y sin lanzar un grito
has ahogado en tus manos este amor infinito!...
La fuente de la dicha tu altivez ha cegado,
y tu estrella propia tú misma has apagado!

Quédate con tus muertos entre estos muros fríos...

Yo parto... Tus castillos?... ¡También tengo los mías!

Coronas?... También tengo, y feudos sin confines,
y miles de vasallos, y burgos y jardines!...

Mi escudo es como el águila que le esmalia altanero,
y en los torneos entra mi oriflama el primero!

La noble Italia es pródiga de bizarras doncellas,
y alguna á quien rendirme encontraré entre ellas!...

¡Adiós!...

VISCARDO

A su gente.

¡A nuestra dueña insulta!...

Incitados por Viscardo, los escuderos y los hombres de armas, que durante las anteriores palabras de Hugo mostraron extrañeza y después ira, se revuelven amenazadores.

HUGO

Volviéndose y plantándose delante de todos.

¡Quien despierte

el furor de mi acero, encontrará la muerte!...
 ¡Atrás, atrás, villanos!... Aún soy vuestro señor,
 que aunque renuncio al premio soy siempre el vencedor!...
 ¡Paso franco, vasallos!...

HUGO

Volviéndose á Diana.

¡Adiós, adiós, señora!...

Lejos de aquí, conmigo se va también la aurora,
 y á tu lado se quedan las sombras del ocaso!...

DIANA

Con la voz profundamente
 conmovida. Un nuevo movi-
 miento de amenaza entre su
 gente.

¡Doblad todos la frente, con respeto, á su paso!...

Escuderos y soldados se
 abren en dos alas para dejar
 paso á Hugo, que después de
 lanzar una mirada altanera á
 Diana, sale seguido de Gotti-
 fredo.

TELON LENTO

ACTO SEGUNDO

Salón en el castillo de Diana. Los muros pintados al fresco, divididos por columnas pintadas que parecen de cristal, con los capiteles y las bases dorados. La pintura del fondo es pálida, y el dibujo ingenuo, representando castillos y paisajes. Las figuras ostentan colores vivísimos, sin medias tintas, y algunas con expresiones grotescas, mas siempre llenas de movimiento. Entre las pinturas y el suelo, un zócalo alto y obscuro. En torno del techo corre una franja de colores vivaces, representando flores y hojas, entrelazadas con suma elegancia y variedad. La techumbre de madera obscura artísticamente artesonada. A la derecha, una ventana con la vidriera emplomada; en frente, la chimenea amplia y maciza. En la pared del fondo, una puerta central de madera tallada. En el ángulo que forma la chimenea con la pared del fondo, otra puerta de madera tallada, y en el primer término, también del mismo lado, una puerta de dos hojas. Junto á la ventana una mesa sencilla, y en torno de la mesa, algunos escabeles. Junto á la chimenea, donde arde un fuego intenso, un gran sillón de brazales, con el respaldo tallado y ornado en la cimera por una franja con las armas de la Casa de Altono.

ESCENA PRIMERA

DIANA, GERBERTO, VISCARDO, MARTÍN y GASTÓN

Gerberto, Viscardo y Marifa juegan á los dados, en una mesa junto á la ventana. Diana aparece sentada en una silla con brazales, cerca del fuego, de tal forma que los jugadores no la vean. Sobre un banco, junto á la puerta, duerme Gastón. Por la ventana penetra una luz tan débil que apenas llega á la mitad de la escena, mientras Diana se encuentra iluminada por los purpúreos reflejos de la hoguera. Durante las dos primeras escenas la luz se va amortiguando, poco á poco, de manera que al final de la escena no quede más claridad que el resplandor intermitente de las llamas del hogar.

MARTÍN

Meto seis!

VISCARDO

Habla bajo... No estés en el cuartel
entre la soldadesca!...

MARTÍN

A lo menos en él
se grita á voz en cuello...

VISCARDO

Señalando á la chimenea.

Cállal...

MARTÍN

¿Quién?...

VISCARDO

La señora.

MARTÍN

Siempre en silencio?...

GERBERTO

Siempre!...

VISCARDO

Pero está más ahora!

MARTÍN

Si ardiese el bosque entero, allí, sobre el hornillo,
no la calentaría!...

GERBERTO

Cayó sobre el castillo
y el campo, la nevada!...

VISCARDO

La frialdad del invierno
se nos mete en el alma!...

GERBERTO

El mal tiempo es eterno!

VISCARDO

En el burgo, se mueren de frío...

MARTÍN

Y aquí de pena!...

Tira tú...

VISCARDO

Tres, te gano.

Le pasa los dados á Gerberto.

GERBERTO

Observando por la ventana.

La tarde no serena!...

MARTÍN

Anoche, una avalancha rodó de esas montañas,
aplastando á su paso cuatro ó cinco cabañas!

VISCARDO

Una avalancha?...

MARTÍN

¡Enorme! El pobre Lupo ha muerto!

GERBERTO

De una pica de nieve el valle se ha cubierto!

MARTÍN

¡En la cumbre del monte mucha más ha caído!

VISCARDO

¡Cayó tanta, que el techo de la Ermita se ha hundido!

A Martín.

Juega.

MARTÍN

Si apenas veo...

GERBERTO

Cuando el señor vivía
¡qué alegre en el castillo la vida transcurría!
Reunidos todos, bajo la bendición del cielo,
y al calor de las llamas, la vida era un consuelo!...
Murió el señor y el hijo... Rindieron sus tributos
á la muerte... ¡Qué pena!... Las plantas no dan frutos;
el nido está sin pájaros y las vigas sin nidos!...
Tan solo quedan hojas de los ramos floridos!...
La aurora es un ocaso...

MARTÍN

¡Buen porvenir, hermano!

Fuera, la nieve, el frío; y aquí, dentro, un siciliano

Mirando á Gerberto.

que vive del pasado, frunciendo el entrecejo,
y una joven señora que es más vieja que el viejo!

VISCARDO

Medita su venganza contra el conde...

MARTÍN

Sí... Espera!...

Un año la medita, y Hugo aún vive... Quisiera
deciros lo que á veces, en su gesto adivino:
á su harem ama el moro, y el tudesco ama el vino;
y la mujer, más tarde ó más temprano, ama...

Diana se levanta del sitio.

GERBERTO

Bajo, á Martín.

Más silencio!...

MARTÍN

Con extrañeza.

¿Qué ocurre?...

GERBERTO

Señalando á Diana.

Que se acerca la dama!...

Diana se aproxima, y ellos, dejan súbitamente de jugar, alzándose respetuosos é incliniéndose ante ella.

DIANA

No! Seguid la partida!...

Los tres permanecen de pie.

¡Que os sentéis he mandado!...

Alejándose, mientras los jugadores se sientan.

A mí, Gastón!...

Viéndole dormido en el fondo de la escena.

Mas, duerme...

Gerberto se le acerca. Ella se vuelve imperiosa.

A Gastón he llamado!...

Gerberto se inclina y va á retirarse. Ella se reprime, di-

rigiéndose de nuevo á él, con dulzura.

¡Perdóname, buen viejo!... Fui contigo severa!...

Gastón se despierta y se alza, luchando aún con el sueño. Al ver á su señora se inclina.

¡Cómo anochece!... Es triste...

Mirando á la ventana.

¡Idos todos!

A los servidores. Estos saludan. Al ir á salir Gerberto Diana le detiene.

¡Espera!...

¡Á través de las sombras vuelan los pensamientos tan lejos!...

De nuevo á Gerberto.

Permanece conmigo unos momentos!

Viscardo, Martín y Gastón salen por la puerta del fondo

ESCENA II

DIANA y GERBERTO

Diana permanece un instante absorta en sus pensamientos. Gerberto, después que han salido los otros, se vuelve, la contempla con una emoción casi paternal, y se le va acercando lentamente.

GERBERTO

¿Qué quieres?...

Diana se estremece al oírle, mirándole con infinita ternura.

DIANA

Ah, Gerberto!... Por no sé qué virtudes tus caras simpulizan con esta juventud solitaria y sombría... ¡Quédate conversando conmigo... Eché á los otros, y he obrado bien, pues cuando el deber no les ata, para qué han de tener

que sufrir á la presencia de esta triste mujer?...
 A todos soy molesta, y á mí misma me hastío...
 ¡Qué soledad!... ¡Qué vida tan horrible, Dios mío!

GERBERTO

¿Qué tienes?... Tus vasallos sus tributos te niegan?...
 ¿En tus fuertes castillos su esplendor no despliegan
 tus banderas triunfales?...

DIANA

Con emoción.

¡Gerberto!...

GERBERTO

¿Qué más quieres?...

Dejando caer las palabras
 con profunda intención.

Al rescoldo del fuego sueñan otras mujeres
 con risueñas infancias de rubia cabellera...
 ¡Tales sueños desprecia tu majestad austera!...
 Tú eres fuerte y salvaje como el viento que ruje
 cuando el valle retiembla y la montaña cruje!
 Tienes cuanto deseas...

DIANA

Con amargo reproche.

Refrena tu lenguaje!...

Sólo esto me faltaba: ¡que hasta un siervo me ultraje!

GERBERTO

Resentido como por una grave ofensa, pero recobrando de súbito su entereza, en un duro arranque.

Un siervo soy... ¡Bien dices!... Aun antes que naciera la dueña que me ofende, de su padre lo era, el buen Wifredo el Pío, y lo fui de su abuelo, Ebaldo Magno, el viejo centenario... Y el cielo quiso que á éste mi brazo le librase la vida, cuando deshecho el yelmo y la espada partida, en esos montes ásperos cercado se encontró... Mi lanza rompió el cerco y á tu abuelo salvó!... Aún me parece oírle, en su hora postrera, decir, á tu buen padre, que allí, en la cabecera del lecho, sollozaba: —El dominio, hijo mío, que al morir, con mi espada, á tu brazo confío, después de Dios, en todo, se lo debo á Gerberto... ¡Ámalo, como á un padre! —Yo soy tu siervo, es cierto!

Pequeña pausa.

También en la batalla de Castiglione, viendo
 á mi señor, tu padre, solo, á pie combatiendo
 con un grupo enemigo, le cedí mi corcel.
 y me interpuse entre sus contrarios y él...
 Y aún guardan, cual reliquias, de tan ruda batalla,
 seis lanzazos mi cuerpo y seis rotos mi malla!
 Y allí, en pleno campo, entre tantos barones
 y condes, ante el bélico clamor de las legiones,
 descabalgó tu padre, llorando emocionado,
 y estrechó entre sus brazos mi cuerpo ensangrentado!
 Merece mi osadía que hoy tu desdén me aflija:
 ¡que hoy pago aquel abrazo ultrajando á su hija!...

DIANA

Como buscando una dis-
 culpa.

De la ofensa de Hugo un año ha transcurrido
 hoy, sin lograr venganza... Y jamás ha sufrido
 un Altano, tal mengua...

GERBERTO

¡No haberle provocado!

DIANA

También me inculpas?... ¿Callas?...

GERBERTO

Todo un año he callado!...

Más á una Aleno debo decirle la verdad,
por más dura que sea!... No obraste con lealtad!

DIANA

Usé de mi derecho...

GERBERTO

¿Y derecho le llamas
á olvidar tus promesas?... Así tu nombre infamas?...

DIANA

Más que mi propia causa, Gerberto, se me antoja
que defiendas la suya...

GERBERTO

¿Quieres tú que recoja
tus gentes, que las arme, y en su busca las lleve?
¡Verás cómo este viejo esudero se atreve

á traerle al castillo, en cadenas!... ¡Te juro
 que aún es firme mi ánimo y mi brazo seguro!
 Pero dirán las gentes: — «Antes, de sus castillos
 bajaban los abuelos para domar caudillos
 rebeldes; dar franquicia á los pueblos, purgar
 de ladrones las sendas... Bajaban á luchar
 con sus fuertes espadas por su justo derecho...
 Y hoy, descienden los hijos á vengar su despsheo;
 á castigar airados, ardiendo de furor,
 cual si fuera un delito, un ensueño de amor!»...

DIANA

¡Amor que me desprecia y en el dolor me lanza!...

GERBERTO

¡Y si Hugo nutriese ideas de venganza,
 razón tendría para llegar en son de guerra,
 asaltar tus castillos y asolar esta tierra!

DIANA

En un arranque orgullosa.

¡Bien, que venga, Gerberto! La guerra es menos dura
 que el desprecio!... La mano de Diana, su hermosura.

¿no son dignas buen viejo, del honor de las armas?...
¡No habrán de amedrentarme las guerreras alarimas!
Y con ojos serenos y con pasos seguros
al frente de mis hombres, me asomaré á los muros,
como un arquero: tenso el brazo, y la vista fija,
y á las gestas del padre superará la hija!...
Y quizás, una flecha...

GERBERTO

¡No prosigas, por Dios,
que al herirle, de un golpe moriríais los dos!...

DIANA

Yo?...

GERBERTO

Mirándola fijamente.

Sí: sé más sincera... Busca en tu corazón
y en tu alma, Diana... Verás que la razón
de tus largos silencios, de tus noches en vela,
del malestar interno que en tu faz se revela,
no es tu orgullo ultrajado, ni tu ofensa invengada...
A otra causa obedece tu tristeza ulcerada!...

No seas dura. Tu alma está bella y florida,
y anhela los encantos del amor y la vida!

Aproximándose más.

Cuando el viento desgrena los pinos y en la alfombra
de tu estancia las penas descienden con la sombra;
cuando el sueño sus fúlgidas imágenes te inola,
entonces, al par sientes que estás tan triste y sola,
per que falta á tu lado una sonrisa, una
testa infantil dormida sobre una blanca cuna!...

Diana baja la vista, y se
cubre el rostro con las manos
como para ocultar su emoción.

Callas?... ¡Lloras?... ¡He visto en tus ojos las llamas
del amor!... Sé sincera... Confiesa que le amas...

DIANA

Profundamente alterada,
pero queriendo disfrazar su
turbación.

No es verdad!... No le amo!...

Resuena una trompa lejana
Diana se estremece.

¿Qué será? No has oído?...

Resuena de nuevo, más cerca,
el clamor de la trompa.

Manda a otro!...

GERBERTO

Un mendigo que el sendero ha perdido!

DIANA

Baja a ver!...

Gerberto va á salir. Diana le
detiene.

Manda á otro... ¡Que vaya un escudero!

GERBERTO

Llamando.

Martín!...

DIANA

Estoy temblando!... Yo no sé lo que espero!

ESCENA · III

Dichos. MARTIN, VISCARDO y GASTON, todos al entrar se inclinan ante Diana.

DIANA

Quién es?...

VISCARDO

Un peregrino que albergue ha demandado para pasar la noche. Yo mismo le he buscado lecho y mesa...

DIANA

Tranquilizándose.

Mas ¿dónde?...

VISCARDO

Entre la servidumbre!

DIANA

Con severidad.

Tal descendió mi raza, que contra la costumbre,
al peregrino, al mismo que el Señor nos envía,
al huésped que reclama la vieja costosa,
le ofrezcas la posada del siervo y del soldado,
y tanto más le ultrajas cuanto mejor te ha honrado?...

VISCARDO

Ma...

DIANA

Calla!... Te concedo que procures la enmienda!
Conducele á esta sala. Que contigo descienda,
Gastón, y que en mi nombre le salude... Es mi igual
desde que de esta torre su pie cruzó el umbral!...
El huésped es sagrado como un Rey!...

A Martín.

¡Que tu gente
le acompañe! Co : hasbas alumbrad su camino!...
¡Que en medio de mi corte me encuentre el peregrino!

Viscardo, Gastón y Martín,
se inclinan y salen.

GERBERTO

Eres tan bella como noble!...

DIANA

¡Y ahora confío,
que al ha muerto por siempre el heter que fué mío,
la vieja cortesía brille en esta ocasión!...

Gerberto va á interrogarla.
Diana le pone la mano en la
boca.

¡No intentes nuevamente leer mi corazón!

ESCENA IV

DIANA, GERBERTO, HUGO, VISCARDO, GASTÓN,
MARTÍN, escuderos y gentes de armas.

Entran cuatro siervos con antorchas. Después, Viscardo, Gastón y Martín, y por último, Hugo, disfrazado de peregrino. Bajo el sombrero, lleva calada la capucha para ocultar el rostro. Permanece inmóvil y rígido en el umbral, entre la gente de Diana.

DIANA

Apoyada en Gerberto, dirigiéndose á Hugo.

Aunque villano seas ó noble caballero,
tú que vistes el hábito piadoso del romero;
vengas de donde vengas, de los montes ó el llano;
esta casa es la tuya... Entra y reposa, hermano!...

HUGO

¡Noble y bella doncella!... Por todas las dulzuras
que la tierra prodiga; por las santas ternuras

que en su copa de oro el amor nos regala;
 yo os juro que un arcángel ha extendido su ala
 de este noble castillo sobre el piadoso umbral!...
 ¡Que él, tu bella existencia guarde de todo mal!...
 ¡Que si en algún instante, la tristeza indecisa
 vuelva á ti, que la ahuyente con su dulce sonrisa!...

Descendiendo al centro de
 la escena.

DIANA

Ya conoces mi nombre?...

HUGO

Todo el valle te llama
 su apoyo...

DIANA

Dónde marchas?...

HUGO

No lo sé, noble dama!

DIANA

¡Hacia Nuestra Señora cruzas en romería?

HUGO

¡Voy á cumplir los votos á la Señora mía!

DIANA

Buscaste para ello la más dura estación!

HUGO

Logrará mejor premio mi peregrinación!

DIANA

Las sendas están todas desiertas y nevadas!

HUGO

Pues á pesar de eso, encontré, á dos jornadas
de aquí, rico en plumajes, magnífico y triunfal,
atravesando el monte, un cortejo nupcial!...

DIANA

Un corteje?...

HUGO

Guiábalo un joven caballero
que en el peto ostentaba, sobre el brufido acero,
en esmalto de oro, un rampante león...
¡Llevaba un gran penacho azul en el airón!...

DIANA

Sorprendida.

¡Penacho azul?...

HUGO

¡Y era también azul la veste,
y azules los penachos de su lucida huete!
Y su divisa, envuelta entre llamas, decía:
— «Sirviendo, reino».

DIANA

Afanosa.

El nombre?...

HUGO

Lo ignoro, reina mía!...

Y acordarme debiera...

DIANA

Y qué maeva su empresa?...

Tú sabes?...

HUGO

De una hija del Conde de Valera,
si yo mal no recuerdo, iba á pedir la mano!...

Como recordando de súbito,
después de una leve pausa.

Hugo de Monso...

DIANA

Cortando la frase.

prano!...

HUGO

Afirmativamente.

¡Hugo de Monsoprano!

Y vi que era un enlace por demás venturoso!...

No hay esposa más bella ni más amante esposo!...

DIANA

A pesar de tu hábito, ese lenguaje abona

que eres docto...

Queriendo interrogarle.

Y no sabes?...

HUGO

¿Qué quieres?

DIANA

Conteniéndose.

No!... Perdona,

si atenta á tus relatos he olvidado que eres
tú el señor y yo el huésped...

Llamando.

¡Gerberto!...

GERBERTO

Inclinándose.

Qué me quieres?...

DIANA

A Gerberto.

Condúcele á la estancia de las Flores de Ua.

A Hugo.

Allí, durmió dos noches, de paso, el buen Rey Luis

de Francia, y á mis armas él les ha concedido...

HUGO

Para mí es demasiado honor... Sólo te pido
un lugar junto al fuego donde poder orar...

DIANA

La casa es tuya. Es tarde... Me voy á descansar...
De todos mis vasallos dispón á tu albedrío...

A los siervos.

Dejadle solo!...

Volviéndose á Hugo.

¡El cielo derrame, hermano mío,
sobre tu frente y sobre tu alma su bendición!...

Los siervos dejan dos antorchas clavadas en las anillas fijas en las paredes laterales y salen con Martín y Viscardo. Diana se marcha, pero vuelve de nuevo, ansiosa de interrogarle. Vacila, retrocede, y por fin, haciendo un violento esfuerzo, se dirige hacia su cámara.

HUGO

¡Dios te guarde, señora!...

DIANA

Volviéndose de nuevo, como queriendo hablarle.

¡Escucha!...

Se detiene, dominándose, y llama á Gastón.

¡No!... ¡Gastón!...

Gastón la precede, con una antorcha, y sale por la puerta más alta de las dos que hay junto á la chimenea.

ESCENA V

GERBERTO y HUGO

HUGO

Apenas se ve solo con Gerberto, se acerca ansiosamente á él.

Soy yo!...

GERBERTO

Extrañado.

Mas ¿quién?...

HUGO

Bajándose la capucha.
¡Contempla!...

GERBERTO

Sorprendido.

¡Hugo de Monsopruno!

HUGO

Imponiéndole silencio.

¡Silencio!...

GERBERTO

Mas ¿qué quieres?...

HUGO

Escucha, buen anciano!

GERBERTO

Mas ¿tus bodas?...

HUGO

Fué una patraña bien urdida!

GERBERTO

Y á qué vienes?...

HUGO

A verla, aunque pierda la vida!...

Gerberto intenta hablar.
Hugo le detiene.

Sé que vas á decirme que perdí la razón;
que me odia y que en vano espero su perdón;
que la ofendí y que sólo piensa en vengarse... Es cierto!...
¡Amenázame, gritame lo que quieras, Gerberto!...
Mas, después de mirarla más altiva y más bella,
á mi amor no le digas: -- «Vete y renuncia á ella!
Vuelve á emprender de nuevo tu trágico camino,
y aquí no vuelvas nunca, osado peregrino!...»
Esto ibas á decirme?... Mas no temo á la lucha,
ni al peligro, Gerberto... Mi juramento escucha!...
— Por todos los conjuros de la tierra y del cielo,
no me marche, si antes mi amor no le revelo!

GERBERTO

Que ha hecho esfuerzos
inauditos para contener su
fintima alegría.

Dios te manda!...

HUGO

¿Qué has dicho, Gerberto?...

GERBERTO

¡Dios te manda!...

HUGO

Te acuerdas?...

GERBERTO.

Yo, burlesco?... ¡Si es mía tu demanda!...
¡Si es mi sueño ese enlace!...

Se aproxima á él confiden-
cialmente.

¡A buen tiempo has llegado,
porque tú, señor, eres por mi dueña esperado!...

HUGO

Ebrio de júbilo.

Hablame!... A tus palabras mi voluntad susieto!

GERBERTO

Radiante.

Ha leído en sus ojos su divino secreto!...

No te odia... Para ella nunca fuiste un extraño...

Su venganza en cariño se transformó en un año!

¡Tu imagen de sus ojos no se aparta un momento!...

Tu es toda su alma; tuyo su pensamiento!...

Tu recuerdo sus horas más luminosas llena...

Al mirarte de nuevo, sentiré su cadena!...

Mas es preciso tacto!... Cuenta siempre conmigo!...

HUGO

Con profundo agradecimiento.

Mi vida está en tus manos y a obedecer me obligo...

GERBERTO

Después de una breve pausa.

Mas ¿cuál es tu proyecto?...

HUGO

El de esperarla aquí!...

GERBERTO

Esta noche!...

HUGO

Con firmeza.

Vendrá!...

GERBERTO

Estás seguro?...

HUGO

¡Sí!...

Oyendo mi relato la vi palidecer;
 y vendrá, pues curiosa como toda mujer
 le empujará el deseo de inquirir pormenores,
 más noticias de esos fantásticos amores...
 El corazón me dice que vendrá... ¡Lo presento!...

GERBERTO

Da al corazón oídos!... Nunca engaña su acento
 cuando el amor nos habla...

HUGO

¿La esperas tú también?...
 Dímelo... Tú la esperas?...

GERBERTO

¡Las almas no se ven!...
 Señor, son tan profundos sus misterios!... Vendrá
 acaso... Yo me marché...

Pone el oído atento, como si
 creyese sentir los pasos, y des-
 pués hace un signo á Hugo
 para que vuelva á escuchar.

HUGO

Que se ha ido acercando, poco á poco, á la puerta de la cámara, y se detiene de pronto, al oír pasos.

¡No me engaño!... Aquí está!

Gerberto, á una indicación de Hugo sale cautelosamente por la puerta del centro. Hugo vuelve á calarse la capucha, y se sienta, apoyando los codos en la mesa y la cabeza entre las manos.

ESCENA VI

HUGO y DIANA

Diana entra por la puerta de su cámara, y permanece un momento vacilante en el umbral.

DIANA

¿Cómo tan solo?...

HUGO

Acaba de salir tu escudero...

Quieres tú que lo llame?...

DIANA

No. Sobre el valle un fiero
huracán ululante sus furias ha extendido,
y temeroso, el sueño, de mis ojos ha huído!...

HUGO

De los míos ha tiempo que huyó, y no regresa!

DIANA

También?... Mas eres joven...

HUGO

La juventud me pesa,
que nos dobla los años nuestra mala fortuna!

DIANA

Tantas y tantas penas sufriste?...

HUGO

Sólo una;
mas la mayor de todas...

DIANA

¿Qué?...

HUGO

No debes escuchar!...

Pequeña pausa.

DIANA

Para engañar las horas, me lo quieres contar?...

HUGO

Tienes quizás un bálsamo que me cure esta herida?

DIANA

Extraña es tu pregunta...

HUGO

Pues mi secreto olvida!...

DIANA

Tus frases son amargas...

HUGO

Si mi alma es de hiel,
¿cómo quieres que sepan mis palabras á miel?

Pequeña pausa.

DIANA

Escucha, buen romero. Como una loba hambrienta
por esos viejos arcos aúlla la tormenta!...
Es la voz de la Muerte!... En mi viejo aposento
aullar todas las noches, aterrada la slento!...

HUGO

¿Nunca bajaste al llano?...

DIANA

Jamás miré otro cielo!...

¡Cual los abetos tengo raíces en el suelo!
Sola vivió mi alma bajo estos cielos grises.

HUGO

¡Qué tristeza, Diana!...

DIANA

Tú, que tantos países
y tanta gente has visto en tu constante errar,
sabrás bellas historias que poderme narrar!...

Pequeña pausa.

Narra. La noche es larga y el sueño está distante...

HUGO

¿Quieres oír la historia del gallardo Ariodante?
Por celos que le asaltan de su Ginebra hermosa
se arrojó al mar en una noche tempestuosa:
mas salvo, por milagro, reconoce su error...

DIANA

¡No cuentes esa historia, que es historia de amor!

HUGO

Diré de Brandimante y de su Flor de Lis.
Perdido, ella le busca, y, al tornar á París,
por fin le encuentra muerta, y muere de dolor...

DIANA

No cuentes esa historia, que es historia de amor!

HUGO

Con intención.

Tanto le temes?...

DIANA

Oído los duesses cantileonas.

Soy fuerte... Corre sangre heroica por mis venas!...

HUGO

La piedad es, Diana, propia de las mujeres!

DIANA

Para hablar como hablas, tú, romero ¿quién eres?...

HUGO

Quien así puede hablarte... ¿De qué es tu alma, que fiera
ni en la esperanza cree ni en el amor espera?...

DIANA

El hombre es tornadizo... Es olvidar su vida...

HUGO

Mas el supremo encanto del Amor no se olvida!

DIANA

Intranquila.

Intentas ser, romero, de mis secretos juez?...

HUGO

Con ímpetu.

Oye una historia horrible...

DIANA

Escucho...

HUGO

— Hubo una vez

del Rhin en las orillas, una noble doncella

tan rica como altiva, tan cruel como bella...
 Un torreón en ruinas, de su castillo al lado,
 se alzaba, sobre su piso casi á cincel cortado...
 La torre se llamaba el Kinast, y la fama
 «la Esposa del Kinast», dió en llamar á la dama,
 pues su mano ofreciera al valiente doncel
 que al ruinoso castillo trepase en su corcel!...

Diana, que había estado escuchando atentamente la narración, levanta de pronto la cabeza, maravillada y recelosa, al mismo tiempo. Hugo repara en ello.

¿Qué pasa?

DIANA

Nada... Sigue...

HUGO

Gallardos y altaneros,
 intentaron la prueba dos nobles caballeros!
 El primero, un mancebo seguro de sí mismo,
 trepó penosamente, mas cayó en el abismo...
 El segundo llegaba casi á la meia, cuando
 se desploma un peñasco, y, el corcel, vacilando

se encabrita... Era áspero é inseguro el terreno;
 el jinete á la brida se agarra, y con el freno
 y la espuela, le impulsa... El caballo aturdido
 bota, tiembla, vacila... Un instante: un rugido
 de angustia; y hasta el foso del castillo altanero
 rodaron confundidos caballo y caballero!...

DIANA

Triste historia!...

HUGO

Prosigue... Varias lunas ya eran
 pasadas, sin que otros á la prueba acusieran,
 cuando á la castellana de Kriest llegó un día
 un doncel que á la cumbre ascender prometía...
 La cumbre estaba envuelta en sombras, y entre tanto
 que no rasgase el alba el tenebroso manto,
 le ofrecieran albergue en el castillo. Era
 tan gallardo y tan joven que la dama altanera,
 sintiendo que á su vista el amor florecía,
 de la terrible prueba perdonarle quería...
 Recusa el caballero; y cuando el sol se enciende,
 va, supera la meta, y vencedor desciende.

— ¡Tuya es mi mano! — dijo la dama... El caballero respondió: — Ni tu mano ni tus castillos quiero! Desprecio tus crueldades; tu poder no me alcanza!... ¡De mis muertos hermanos vine á tomar venganza!... Me amas... y de tí misma ese amor me vengó!»
Tal dijo el caballero... y por siempre partió!...

DIANA

Dando un grito.

No me ocultes el rostro!... Desdóbrate... És en vano!...
Te conozco... Tú eres Hugo de Monsoprano!...

HUGO

Arrojando el manto y apareciendo ricamente vestido.

Es cierto!... Aquí me tienes á renovar mi empresa!

DIANA

Tú! A qué viniste?...

HUGO

¡Mátame, que la vida me pesa!
¡Insúltame!... En tus frases mi propia dicha hea...

DIANA

¿Eres tú, que regresas á ultrajarne de nuevo?

En un arranque de fiera.

¡El cielo me es testigo, que te hubiese buacado
hasta el fin de la tierra!... ¡Y te encuentro á mi lado!

¿Dónde están las espadas de tus cien escuderos?...

Tus huestes, tus castillos, tus lanzas, tus aceros?

¡Nada podrá ampararte! Ni la noble corona

de tu padre, ni el yelmo que tu orgullo pregoná,

ni tus tierras lejanas... ¡Este castillo es mío!...

Son fuertes sus murallas!... Estás á mi albedrío...

Conteniéndose de pronto, sintiendo
estallar en su pecho todo el fuego de su amor.

Maá no!... ¡Miente mi boca!... En vano, en vano clamo
y me revelo... Escucha...

Con voz trémula.

Soy cobarde... y te amo!...

HUGO

Estrechándola rápidamente
entre sus brazos.

Signe... tu voz me encasta...

DIANA

¡Estoy envilecida;
mas te juro que muero sin conocer la herida!...
Has completo tu triunfo, y llévala á tu esposa,
como imperial trofeo, esta vida angustiosa!

HUGO

Sonriendo.

Fueron falsas mis bodas...

DIANA

¿Qué dices?...

HUGO

¡Que el amor
hasta él me condujo!...

DIANA

Me amas?...

HUGO

¡Con tanto ardor,
que esta año, Diana, que lejos he vivido,
un siglo de agonía por mi amor ha sido!

DIANA

Tanto me amas?...

HUGO

¡Deja que te bese la mano,
y que hoy ante tus plantas, este amor sobrehumano
te relate la historia de mi dolor!... Por ver
si arrancarte podía del alma, en el placer
y en los rudos combates, busqué en vano el olvido,
que más te recordaba mi corazón herido!
Para mi mal no he hallado ni bálsamos ni aroma!
Postrado ante las plantas del Pontífice, en Roma,
remedio para el alma en vano supliqué!...
¡En vano con las huestes bárbaras guerreé!
Sus lanzas no pudieron acabar con mi vida!...
No hubo paz ni reposo...

Reparando en la actitud de
Diana.

Mas ¿por qué entristecida
me miras entre lágrimas?... Ahora es mía tu mano!...
Te llevaré, Diana, hasta un país lejano,
bajo unos bellos cielos, á la tierra florida
de Italia!... Y á tu lado será bella la vida!

DIANA

Como dudando de su felicidad.

¿Es verdad lo que dices?... ¿Me adoras? ¿No has mentido?
 ¡Mi orgullo por tu mano bien castigado ha sido!
 ¿Tu amor dará á mi alma fatigada reposo?...
 ¿A buscarme has venido? .. Serás, Hugo, mi esposo?...
 Acabóse el destierro, y la tristeza es ida...
 ¡Vieja casa, el sol torna, y con el sol, la vida!
 ¡Qué duro al partir fuiste!... Tus frases fueron llamas
 que abrasaron mi pecho!...

Hugo se dirige al fondo.

HUGO

Gritando.

¡Venid!...

DIANA

¿Para qué clamas?

HUGO

Será igual á la afrenta la contienda... A mi señora
 honraré como á una hija del Rey se honora!

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, GERBERTO, MARTIN, VISCARDO, GASTÓN y después la Corte.

Hugo, al ver aparecer á Gerberto, se acerca á él y le estrecha con júbilo.

HUGO

¡Gerberto!...

DIANA

A Gerberto, señalando á Hugo.

Ya ha vencido!...

GERBERTO

A Diana.

¡Bien me lo presentía!...

HUGO

Llamando.

La corte aquí!...

A Gerberto.

¡Que Gerberto!

GERBERTO

Limpiándose una lágrima.

¡Que hora de vengua!

A una señal de Gerberto po-
neira la Corte de Diana, tal
como en el primer acto. Los
siervos portan antorchas. To-
dos se colocan en el fondo.

HUGO

Oídme todos!... Un año esta ta de na culpado
en que yo, el Conde Hugo, osé, dando al olvido
la cortesía propia de todo noble sero,
devolver su palabra á Diana de Aiteno...
Un año entero llevo purgando tal acción,
y hoy regreso á sus plantas á implorar su perdón!...
¡Vosotros que testigos fuísseis de mi ardimiento
seréis también testigos de mi arrepentimiento!

Se arrodilla delante de Diana.

DIANA

Levantándole y volviéndose
hacia su Corte.

¡Os presento, vasallos, á mi esposo y señor!
¡De mis rudos desdenes ha triunfado el amor!...

GERBERTO

Con los ojos húmedos.

¡Oh, mi noble señora!... Ya que vas á ceñir
la corona de esposa, tranquilo puedo ir
á dormir en la fosa de mi antiguo señor!...

DIANA

A Hugo, sonriente.

Voy, gentil caballero, á pedirte un favor!...

HUGO

¿Qué me pides?...

DIANA

Tu venia para poder lograr
rescatarme á mí misma...

HUGO

¿Qué anhelas rescatar?

DIANA

Tu enigma. Si lo acierto, como yo espero, gloria común será también, esposo, mi victoria!...

Todos les rodean.

HUGO

A Diana.

«Sabrás tú decirme, cuál es de las flores
la más rica y pródiga de veneno y miel?...
Es sol que nos ciega con sus resplandores,
y copa de oro colmada de miel!»...

DIANA

Interrumpiéndole.

No sigas. Le conozco... En un año de duelo
su nombre y dónde nace me ha revelado el cielo...

Señalándose al pecho.

En mi jardín se ha abierto y germina esa flor...
¡Comprenderla no puede quien no siente el amor!

CAE EL TELON

SE ACABÓ
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN MADRID, EN LA IMPRENTA ARTÍSTICA,
CALLE DE MONSERREAT, NÚM. 7,
EL DÍA XI DE SEPTIEMBRE
DE MCMIV



Cubierta impresa en la Imprenta Heñénica, Pasaje de la Alhambra, 3.